

MELONI GONZÁLEZ, C. (2025). *La instancia subversiva. Decir lo femenino, ¿es posible?*
Madrid: Akal. 195 pp.¹²

Como haciendo eco de una nota escrita a lápiz que pasa desapercibida en el margen de un gran libro, Carolina Meloni recupera una pregunta con la que Olga Orozco cerraba uno de sus más conocidos poemas: "¿cómo nombrar con esa boca, cómo nombrar en este mundo con esta sola boca en este mundo con esta sola boca?" (p. 145). Y es que, tras siglos nombrando el ser y la *episteme*, los márgenes del lenguaje y la marginalidad de algunos lenguajes comenzaron por fin a ser considerados dignos de estudio hace apenas algunas décadas. Así, el canon filosófico y sus elegidos³ son el blanco del disparo certero que resulta *La instancia subversiva. Decir lo femenino, ¿es posible?*. Tanto es así, que el recorrido de Meloni comienza por la propia noción de "filosofía" y la tradición que de ella hemos heredado, junto con un largo listado de grandes amantes de la sabiduría ansiosos de salir de la caverna para ascender hasta el conocimiento de lo real. Eso sí, recalca la pensadora, el conocimiento de una realidad filtrada por género, color, localización

geográfica y estatus económico: "Solo occidente filosofa" (p. 88). La *episteme*, por tanto, se manifiesta ante (y encarna en) el hombre blanco cisgénero sexual de clase alta ubicado en el Norte Global occidental. Un sujeto que, cuanto menos específico, ha copado sistemáticamente la producción cultural y académica generando un pensamiento altamente situado que pone en el foco los problemas ya heredados de sus padres, Los Padres [recordemos que, supuestamente, casi toda la historia de la filosofía se podría leer como una concatenación de notas a pie de página de los textos de Platón (p. 31)]. Unas identidades se yerguen así como sujetos estudiados contra los objetos de estudio a los que quedan reducidas todas aquellas personificaciones de la diferencia. Y ese erguimiento identitario será precisamente por donde comience Meloni para plantear *la instancia subversiva*.

Por supuesto, no hay otro comienzo erguido más famoso que la puesta en pie del prisionero insurrecto de la caverna de Platón.

¹ Este trabajo se ha beneficiado de una ayuda para la contratación de personal investigador predoctoral (ORDEN EDU/1009/2024) por el Fondo Social Europeo Plus (FSE+) y la Consejería de Educación de Castilla y León.

² Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Generación de Conocimiento ESCON -- Escrituras en contacto. Redes de escritura intermedial en la era de la globalización analógica (1961-1991), PID2024-159610NB-I00, financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE.

³ Del latín *eligiere*, formado por el prefijo "ex-" y el verbo "legere" (seleccionar, leer). Los elegidos serían así "los seleccionados" y, aún más en este contexto, "los leídos".

Esta imagen de la búsqueda del conocimiento como una ardua ascensión en solitario ya nos deja ver la verticalidad individualista del pensamiento del arquetípico filósofo-rey. Y ante esa "arrogancia epistémica" (p. 62), la escritora nos ofrenda aquella distribución nómada de los seres (que fácilmente nos retrotrae a Rosi Braidotti) "[s]in trascendencia alguna, sin universos en escalera, sin promesas de salvación tras la apertura de la cueva" (p. 47) para proponer un cambio de territorio del orden epistémico. Esto va a ser clave para la propuesta de Meloni, pues, viendo que el canon del pensamiento hegemonicó coloniza y desecha todas aquellas manifestaciones subalternas, gira la vista hacia lo que quedó olvidado, rechazado o incluso desterrado: los márgenes. Y es que, como escritora, tiene bien presente que los márgenes no son sino el afuera del lenguaje. Aquí arraiga la pregunta que articulará todo el texto: *¿es posible decir lo femenino* si no se ha contemplado en el canon filosófico ni en los dominios del lenguaje?

Esta cuestión formulada à la Derrida es, a su vez, un caballo de Troya que esconde dos motines en su interior. La escritora necesita estipular qué es *lo femenino* para esclarecer si puede *decirse* o no. Para ello, parte de una aclaración básica: hay que entender esta noción "no de manera esencialista ni biologicista, centrada[a] exclusivamente en 'la mujer', sino como (...) una ontología compleja y múltiple en la que caben diversas subjetividades marcadas por la opresión y la borradura, incluso por la

negación a formar parte de una posible clasificación ontológica" (22). Así pues, ¿puede *decirse* aquello que se ha relegado sistemáticamente a los márgenes de la historia? ¿Puede expresarse a través del lenguaje aquello que nunca se ha recogido en él? La impronta dialéctica que deja el lenguaje en la realidad histórico-social ha desplazado a las identidades limítrofes, literalmente, al silencio y a la incomprendición. Por eso Butler denunciaba, como nos recuerda Meloni, que todas aquellas subjetividades condenadas al extrarradio de la "matriz de inteligibilidad" no podían participar de los marcos de reconocimiento y quedaban, por tanto, fuera del lenguaje. Es esto lo que lleva a que en este texto se afirme rotundamente que la filosofía, encarnación del *logos* persecutor de la *episteme*, es "el relato del falogocentrismo" (p. 38) -término casi *canónico* (valga la expresión) del feminismo académico-. Es más, Meloni ya trae un mal augurio para todas las identidades *outsider* (como decía Audre Lorde) al comienzo del texto cuando sentencia: "La historia de la filosofía occidental es el relato de un entierro", el de aquellas que "permanecerán presas entre las sombras de la caverna" (p. 37). En palabras de Catherine Malabou: "La filosofía es la tumba de la mujer" (cit. en p. 37).

Exóticos y extraños objetos de estudio, bien sea fetichizadas, bien demonizadas, las identidades subalternas han quedado "enterradas en los textos y palabras de otro" (p. 52), dibujando los límites de la noción de sujeto, conformando la esfera de la alteridad y

estancándose en una posición pasiva, que no posee la voz ni el lenguaje de los que hablan sobre ellas. No hace falta que recordemos la mistificación de ciertos lugares identitarios (feminizados y racializados), cargados con la marca de la otredad, circunscritos a *lo salvaje* -y, por ende, no subsumibles a los parámetros del *logos*-. "Como el bárbaro, lo femenino habita la agramaticalidad⁴" (p. 67).

La carencia histórica de una voz propia y la expulsión del relato hegemónico -que no las incluyó y en cuya construcción no pudieron participar- desembocan en una desposesión agónica del lenguaje, y con él, de los dioses heredados: "La consagración de la metafísica nos llena la boca de tierra" (p. 155). No hay *logos*, ni *episteme*, ni huellas en las arenas de la historia que no pasen por el profundo atavismo del lenguaje. Y las bárbaras apátridas que han osado llamar a las puertas del templo han tenido que aprender a performar la lengua del amo:

La filosofía es un discurso que expulsa a la mujer, que la admite únicamente si acepta convertirse en otro, si aprende a hablar el lenguaje de los hombres al precio de renunciar a la singularidad de una voz que quisiera decir otra cosa y que desconfía del lugar de enigmática otredad que la filosofía le ha reservado (L. Llevadot, cit. en pp. 166-167).

⁴ Esta afirmación resulta de hecho doblemente certera si recordamos que el origen etimológico del término "bárbaro" se remonta al griego antiguo. *βάρβαρος*, que significaba "extranjero", provenía de la raíz

Se estipula así la alteridad, rechazada y a la vez fagocitada por la tradición dominante. Y será esta noción de "dominio", según Meloni, la que se convierta en el eje fundamental que moldea al sujeto ético en la tradición filosófico-patriarcal, dando lugar a la naturalización de una asimetría que teje el entramado de opresión que engloba la totalidad de la organización de la vida material (p. 32). Por ello, nos dice esta pensadora, no podemos tomar el patriarcado, el racismo o el clasismo como esquemas de poder que operan desde sus únicos y respectivos focos irradiadores; sino como redes de "discursos sociales, simbólicos, filosóficos, científicos y legales que nos van configurando en tanto que individuos" (p. 32). Por eso nos espeta Lorde su celeberrima "las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo". Por eso necesitamos nuevos discursos enraizados en la interseccionalidad de distintas subjetividades que se entrecruzan en la multiplicidad de manifestaciones de lo real, abandonando el relato del Ser idéntico a sí mismo (eje unitario de represión vertical), pues las voces antaño ininteligibles balbucean por fin que: "La metafísica occidental es verdaderamente la *fons et origo* de todos los colonialismos" (p. 116).

Sin embargo, la duda principal que articula esta investigación sigue sin resolverse. Meloni no solo trata de mostrar y poner en tela de juicio la estructura de dominación que

onomatopéyica *βαρ* ("bar"), que era el sonido que los griegos asociaban a los balbuceos ininteligibles de pueblos que hablaban otras lenguas (equivalente al "bla, bla" en español).

vertebra la sociedad y sus mecanismos de poder, sino también de buscar algún lugar de resistencia con potencial subversivo. Trae así a val flores, que guerreaba también contra el lenguaje cuando escribía: "¿Qué imagino cuando me llamo feminista? Latencia imperfecta y alquímica de una revolución larvada en la punta política de la lengua y en las vísceras epistemológicas y poéticas del cuerpo por escribir contra un saber que extermina y domestica" (p. 103). El acierto de Meloni vuelve a ser doble al traer esta cita, puesto que en esa "lengua" encontramos tanto la aproximación crítica a la politicidad del lenguaje como la puesta en valor de la corporalidad. El hecho de que hablamos de "vísceras epistemológicas" nos saca de ese dualismo cartesiano heredado que sigue subyaciendo a la tradición filosófico-patriarcal cuando se eleva la *episteme* a las abstracciones del Ser y se olvida que "no hay revolución sin piel, sin un cuerpo que tiembla" (p. 103).

La instancia subversiva que buscamos, por lo tanto, debe partir de la materialidad del cuerpo y del *decir*, con toda la carga política e histórica que poseen. No preguntarnos quién dejará huella en el canon del pensamiento occidental, sino los requisitos para dejar huella *de facto*⁵. La aproximación teórica al *logos* ha olvidado las propias condiciones de posibilidad de acceso y proyección del mismo:

El mito fundador del *logos* filosófico está teñido de esta pulsión ordenadora. Pulsión en la que late la necesidad casi patológica de tranquilizar la diferencia, de apaciguar toda alteridad disruptiva. Emprender el camino del ser y no el de la nada suponía mitigar el murmullo de lo otro (p. 90).

Sobre todo, examinar el ser desde la lógica de la identidad suponía no atender a la multiplicidad ni, por lo tanto, contemplar la existencia de la otredad. Es entonces que nos topamos irremediablemente con la tan ansiada respuesta ante la pregunta de Meloni: ¿es posible decir lo femenino? Como un vomito de palabras irrefrenable lo leemos:

Decir lo femenino no es posible, no solo por la indecidibilidad de su morar sino, y fundamentalmente, por la imposibilidad de atrapar en un único decir todo ese rumor de lo múltiple, todo ese murmullo diverso y abigarrado. Puesto que lo femenino solo puede concebirse en plural. No hay esencia ni entidad para semejante urdimbre (pp. 98-99).

Si la noción de *logos* que hemos heredado es un eje represivo de las estructuras patriarcales, clasistas y del Norte Global occidental, aquello que sale de la lógica de la identidad y se adentra en la diferencia de lo múltiple tendrá que formularse desde otras configuraciones del pensamiento y desde la materialidad de la lengua. Así, nos propone Meloni, quizás debiéramos cambiar el foco de

⁵ "Rivera Garza se pregunta una y otra vez por estas improntas, tanto personales como políticas: ¿la gente pobre deja huellas? ¿Qué marcas produce un cuerpo

casi sin identidad? Campesinos migrantes, indígenas desahuciados, mujeres anónimas que cuidan de hijos durante tantas generaciones, mano de obra sin nombre ni rostro cuyas vidas son un continuo éxodo" (p. 62).

atención y escuchar a las identidades subalternas, generando un espacio transfilosófico que trate "lo femenino" en su propia contrariedad y nos permita asir la filosofía (y no la "euro-falo-sofía", como la denomina Meloni [p. 184]) como salvoconducto para nombrar, como instancia subversiva, todo lo que hasta ahora se había tomado por innombrable (p. 171).

Irene León Tribaldos

irene.leon@usal.es

ORCID: 0009-0003-2499-1398

(Universidad de Salamanca)